



## **SOBRE EL ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN – XIII**

### **Paciencia y vida interior, frutos de la devoción al Santísimo Sacramento.**

Madre María Eugenia – 23 de junio de 1878

Mis queridas Hijas,

No voy a volver hoy sobre el tema que he tratado últimamente; os diré sólo que, para religiosas consagradas de modo especial a la adoración y al amor al Santísimo Sacramento, esta hermosa Octava es un buen momento para acrecentar el espíritu de adoración, de amor y de júbilo, ya que la Iglesia quiere venerar, con espíritu de júbilo, a este Sacramento en el que Jesucristo habita entre nosotros y se nos entrega.

Sin duda, podemos tener dificultades y desolaciones; pero están en los límites de nuestra naturaleza, y por encima de esos límites hay un júbilo, que es el de los Ángeles que rodean el Santísimo Sacramento, que es el gozo que experimenta Nuestro Señor al darse cada vez que encuentra un alma pura que quiere recibirle. Al olvidarse de uno mismo, se puede penetrar en esta alabanza, en esta acción de gracias, porque por el Santísimo Sacramento adquirimos el poder glorificar a Dios en la medida que lo merece. Por nuestras propias fuerzas no podemos nada: nuestras ingratitudes y nuestras miserias son más bien ofensas y deshonra para Dios; pero por medio de Nuestro Señor Jesucristo le rendimos un honor tal como le corresponde a Él.

No podemos ofrecer a Dios nada más grande, más santo, más digno de El que el Santísimo Sacramento. No hay otro sacrificio por el cual podamos estar completamente seguras de alcanzar los objetivos que sabéis son los suyos: la adoración, la propiciación, la impetración y la acción de gracias. Igualmente, cuando estáis ante el Santísimo Sacramento, podéis, en el nombre de Jesús y por Jesús que está allí por vosotras, rogar a Dios con seguridad, glorificarle con confianza, alabarle y bendecirle como se merece. También es conveniente dejar de lado los límites de las preocupaciones personales, para embeberse de los pensamientos de la Iglesia, y para obtener de la fe, el amor a las grandes causas.

Además, se dice en la Sagrada Escritura que Nuestro Señor nos ha llamado para que diéramos fruto (20). Por tanto, es el Santísimo Sacramento el que debe producir esos frutos en nosotras. Buscad pues, un poco, Hermanas, en esta semana cuál es el fruto que Nuestro Señor quiere que se produzca en vosotras. Sin duda será, ante todo, más vida interior, más interés por escucharle.

Parece extraordinario que la verdadera vida interior sea poco frecuente; sin embargo, es verdad que recogerse dentro de sí mismo, hacer que cese el ruido del exterior, cerrar el oído a lo que sucede, es una cosa rara, incluso entre las almas consagradas a Dios. ¿Por qué hay tan pocas almas interiores? Es porque no saben callarse y escuchar. No saben recogerse, rechazar las curiosidades exteriores, mortificar los movimientos del espíritu y los del corazón, para recibir de Dios alguna luz. Si cercenamos todo lo demás, Dios nos dará luces que serán ya para la eternidad, Él nos hablará.

(20) Jn. XV, 16.

Cuando no se le oye hablar, es probable que sea porque se ha prestado atención a otra cosa.

Hay todavía otro fruto que se debe producir en nosotras: la paciencia. Parece en efecto, que, en todas las cosas de la tierra, el fruto que Nuestro Señor espera de nosotras, es la paciencia. No creo que sea esta virtud la que ocupa el primer lugar en vuestros pensamientos. En general, uno se preocupa en acrecentar en sí una fe viva, una esperanza firme, un amor ardiente, incluso una humildad sincera y generosa, rara vez se aplica a la paciencia. Quisiera tener un cuadro de concordancias para saber cuántas veces la palabra paciencia se repite en las Sagradas Escrituras. Nuestro Señor la predica sin cesar; Santiago y san Pablo hablan de ella en sus epístolas: “la paciencia lo obtiene todo”. (Santiago). “Con vuestra paciencia salvaréis vuestras almas”. (Lucas). “Por vuestra paciencia produciréis fruto” (Lucas). etc.

Pues bien, Hermanas, es necesario basarse en la paciencia para recibir el fruto de las promesas. Es necesario tener paciencia en relación con las demás virtudes; hay que practicarla consigo mismo; hay que tener mucha con el prójimo; incluso diría que hay que tenerla con Dios. Os decía hace un momento que, si uno se calla, se recoge, se oíría la voz de Dios. Una hermana va a la capilla, cierra los ojos y escucha; tiene interés en oír la voz de Dios, pero Dios no habla. Entonces, algunas veces ocurre que no se espera con paciencia el momento en el que Dios desea hablar; y como, para oír bien a Dios, hay que pasar por momentos de sequedad, de purificación, como también hay que sentirse separado de las cosas de la tierra, cuando todavía no se han recibido las del cielo, se vuelve a las cosas de la tierra, porque no se tiene paciencia.

No hablo aquí de las cosas de la tierra, que están lejos de la vida religiosa; sino de tal o cual preocupación, de tal o cual trabajo de su empleo, de tal o cual lectura. Se desliza uno con tanta comodidad por esta pendiente; es tan fácil vivir así, y tan difícil no vivir de ese modo, y esperar a Dios cuando no nos muestra su rostro. Dichosas seréis, Hermanas, si este no es vuestro caso, si incluso en la oración, en el Oficio, a lo largo del día, no sois de esas personas que viven de sus pensamientos, y si, por el contrario, sois de las que se sienten fácilmente en presencia de Dios y entregan a Nuestro Señor todo el tiempo que le han consagrado.

Os pido que busquéis, en esta semana estos frutos en el espíritu de adoración. Creo que muchas gracias están unidas a estas fiestas que celebramos en este momento. Se rinde a Nuestro Señor un culto que se podría calificar de infantil. Son flores, cantos, procesiones; pero acepta todo esto, está a gusto entre sus hijos en estas fiestas en que le alaban, está dispuesto a abrir sus manos ya concedernos sus gracias. A cambio de ofrecimientos. pequeños como nosotros, nos ofrece gracias grandes como Él.

Actuemos de tal modo que podamos abrir ampliamente nuestros corazones para recibir sus dones, que podamos recogerlos completamente, a fin de que Él pueda llegar a ese lugar secreto del alma, escogido por Él, para hacernos oír sus oráculos. Este es el lugar secreto que Dios ha

hecho vibrar cuando os llamó a la vocación religiosa; ahí se hace oír como en ninguna otra parte, pero es un lugar muy íntimo. Actuemos de tal modo que Nuestro Señor se deje oír ahí, que nos conceda el deseo de algo mejor de lo que hasta ahora no hemos adquirido, más fidelidad, más amor, más dedicación a la alabanza, a la entrega, al sacrificio, en una palabra, a todo aquello que santifico a las almas.